

DOCUMENTOS

NIÑEZ POTOSINA *

Por Francisco de la Maza

La iglesia de San Agustín fue, hace más de cuatro décadas, mi segunda casa. Allí estaba yo en la mañana, a todas las misas y en la tarde, al rosario. A veces, en sillón de confesionario, en la sacristía, estudiaba latín. Los últimos en salir de ella éramos el padre Guerra y yo. El sacristán, un viejo malicioso, me explicaba que los santos, detrás de sus vestiduras, no tenían órganos sexuales y a mí me parecía que, siendo santos, estaban bien así. De San Agustín a la tiendita de La Parra, misérrima pero con sincero ambiente antiguo, que vivía de los jamoncillos de a cinco centavos y del chocolate de a diez que hacían Cuca, Belén y María, las tres solteronas dulceras. Aún se conservaba en la esquina de la calle de Morelos su loseta de azulejos con el nombre antiguo de "Calle del Arenal" que ahora, por supuesto, no está en su lugar.

Antes de vivir en la calle de Morelos 110, mi vida había pasado en la calle de Galeana y en la excelente casa que mi padre fabricó sobre las ruinas del claustro de San Francisco. Mis delicias allí eran el comedor, con su enorme cristalero al jardín y en donde espantaba de noche; el cuarto "del nacimiento", entre el comedor y la escalera, en donde mi madre, Lola Cuadra, lo ponía, de todo el muro, con su "misterio" alemán de porcelana, pero con sus pastores, mercado, laguna y animalitos de Tlaquepaque. Las iglesias frecuentadas entonces eran San Francisco, en donde se deslumbraban mis ojos con la iluminación del altar mayor, a fuerza de focos que se enroscaban en las columnas y se metían en los nichos y frisos y en todos los rincones. Tercer Orden no se visitaba era iglesia "pobre". Se seguía uno a el Sagrado Corazón, en donde no había arte, pero sí mucha devoción.

La llamada persecución religiosa dejó abiertos todos los templos, menos El Carmen, no sé por qué, pero antes yo iba cada año a rezar, con mi madre, mis hermanas y mi nana, los 33 credos de rigor ante un Cristo del sotocoro, encerrado entonces en una clara vidriera y ahogado hoy en un altar pseudo-barroco de baja estofa. Aún no me atrapaba la magia del gran barroco auténtico de sus altares y portadas. Mas bien recuerdo, como con fatiga de estertor, el ruido monótono de la extracción de agua del enorme pozo que estaba en la plazuela y que sucedió a la bella fuente del siglo XIX (1). La Catedral me imponía con el juego salomónico de su fachada, que me alegraba, pero el interior me dejaba frío. "Demasiado grande" sentía el absorto niño que entraba en ella. Mas me entretenía y admiraba el sepulcro de Mons.

* Por el interés que tiene se publica a continuación, el discurso que el doctor Francisco de la Maza leyó en la Academia Potosina de Ciencias y Artes, el 19 de noviembre de 1970, al propósito de la Medalla de Oro que se le entregó por sus méritos académicos; distinción que anualmente otorga la Academia a sus miembros más sobresalientes.

Montes de Oca, puesto hacía pocos años; el San Sebastián del altar mayor, que yo creía cadáver auténtico y el gran retablo o exvoto de la puerta de oriente. El padre Anaya me vestía de acólito y me daba un rincón en las misas pontificales de Mons. De la Mora. Me aventuraba a ir a San Miguelito, cuya concha presbiterial me gustaba tanto que me hice miembro de la cofradía de la Santísima Trinidad, para obligarme a ir cada 8 días. San Sebastián era "muy lejos" y sólo fui una vez, así como al Santuario de Guadalupe, cuya única visita era el 12 de diciembre. El jardín de la Merced era lugar de novios y no había que estorbarlos. Al Montecillo también fui una vez, a pesar del secreto susto y a la par intensa curiosidad que me daba el ferrocarril, con los resoplidos de dragones que daban las viejas máquinas de vapor.

✓ Mi casa de Morelos era un paraíso. La recámara de mi madre, a la calle, era tan grande, que se dividía a su mitad por un biombo, siendo también "asistencia", o sea el lugar de recepción de visitas de confianza. Yo iba mucho a la sala, siempre cerrada y penumbrosa, oliendo a madera y telas, olor que se identificaba con algo "viejo" aunque los muebles no lo fueran. Tenía su piano, un gran espejo con marco de terciopelo rojo, jarrones de porcelana y bronce y los retratos de los abuelos. Había una "vitrola", en donde oía lo que entonces era para mí la "música clásica", o sea la ópera, tocando hasta la destrucción los discos de Traviata y Rigoletto. Mis lecturas eran Salgari y "México a través de los siglos", además del consabido "Tesoro de la Juventud"; con Julio Verne nunca pude completo y luego preferí al padre Coloma, Alarcón y Fernán Caballero, con un inicio en Pérez Galdós al través de "Doña Perfecta" y "Marianela". Un libro que produjo en mí asombroso y perdurable efecto, como a todos, fue el "Quo Vadis?", de tal manera que me hizo incapaz de saborear "Los Mártires" de Chateaubriand. Después vendría "Don Quijote", en la edición ilustrada por Gustavo Doré, que tan pertinaz y perniciosa visión plástica deja para el resto de la vida. También la "Divina Comedia", del mismo Doré, con grabados menos agresivos y más hermosos que los del Quijote. Aún conservo la edición, que costó 5 pesos, a plazos de 25 centavos semanarios, a los señores Izquierdo. Doña Asunción, que acaba de morir, me recordaba como un niño débil y en puros huesos, que apenas asomaba los hombros arriba del mostrador, preguntando por las entregas de "Las Maravillas del mundo y del hombre" o la "España artística y monumental". Ahora la Librería Española es otra cosa. Aquéllos eran sus buenos tiempos.

La primaria la había hecho en la escuela de las señoritas De Santiago, profesoras de pellizco y reglazo, que nos enseñaban hasta ecuaciones de segundo grado y logaritmos, pero nos leían cada 8 días una rima y una leyenda de Bécquer. ¡Y con cuanto gusto recuerdo el libro de lectura "Una familia de héroes", de Torres Quintero, no superado aún, pero, eso sí, ya olvidado y como dicen ahora "obsoleto". Quienes están imborrables en mi memoria y en mi sentimiento de esa época son Héctor y Marta López Portillo, Alfonso Garibay, Justino Compeán, los Díaz de León, y los Aristegui. Después, la ciudad de Puebla. Diversas circunstancias me llevaron, a los 14 años, a la ciudad de los Angeles y también de Zaragoza. Su riqueza artística colonial me dejó fascinado y abrumado, si bien siempre recordé a los jóvenes poblanos, mis

compañeros, que no tenían El Carmen de San Luis. Ellos respondían: "Tenemos la Capilla del Rosario." Y yo argüía ufano y mendaz: "Es puro techo ¿cómo va a compararse con la Portada de los Arcángeles?" Y como los poblanos no viajan, tenían que admitir mi réplica. Luego excursiones con mi madre, eficaz despertadora de mi vocación de historiador: San Miguel el Grande o de Allende, de cuyas visitas en 1930 y 1931 resultó un libro; Guanajuato, Celaya, Querétaro, Morelia... Después México de los treintas.

La secundaria la hice en El Colegio de San Luis, bajo la dirección paternal pero rigurosa del Ing. Jacobo Cossío. Me habían allí precedido Chavo Nava, Paco Cossío, Edmundo Báez, Eduardo Chenhalls y Manuel Calvillo. En los sobrios salones del colegio oí la docta palabra del Ing. Gómez del Campo y de aquel pulcro anciano que fue Lic. Francisco Noyola; del Lic. Manuel Moreno; del historiador Dahuañare; del sabio, tímido, cursi Diódoro Ruiz; del temible Pato Guerra, erudito gramático que lanzaba las reglas lingüísticas en medio de chorros de humo azulado de sus cigarros "Elegantes Caporales"; del matemático Ing. Ventura Dávalos y en fin, del Chefendequé, mote de un licenciado del cual nunca supe su verdadero nombre. Y con los textos de Orestes Cendrero en Botánica y Zoología, de Bermejo en Química, de Bruño en Matemáticas, de Schulz en Geografía, de Toro en Historia y los libros de F.T.D. a los que llamábamos "Fastidio todo el día", paseaba las calles de San Luis. En la secundaria se hizo la amistad indisoluble de compañeros como Fernando Quijano Pitman y Anselmo Fonte Bárcena, ahora ilustres médicos; de José Muriel, ahora tan estimado maestro de niños que le piden cambie de año para seguir con él el tiempo escolar. Antonio Alvarado, de mucho talento para las ciencias pero de tan parvo y extraño carácter que no pudo destacarse; los Novo, José, Luis y Carlos, el primero excelente pediatra, el tercero financista en los Estados Unidos, y Luis, lleno de imaginación y de pasiones, entregado prematuramente al vicio y a la muerte.

Las amigas, como en todo inicio de la adolescencia, eran un tanto alejadas, pero siempre presentes en fiestas y bailes. Todas viven y todas bien, todas encantadoras, excelentes esposas y madres y aun jóvenes abuelas algunas. Era el discreto romántico, amigable, pero con deseos de noviazgo nunca declarados y ocultos. Los ojos garzos de Gloria Cossío y la tez morena de Graciela, los ojos azules de Toña Gutiérrez, la sonrisa abierta y a veces irónica de la guapa Chepa Gutiérrez; Socorro Muriel, fina y frágil como tallo de sensitiva; Carmen Lasso, jovial, desatada en risa y simpatía; la bella Olga Méndez con su carita en óvalo perfecto y la menuda, elegante y cariñosa Estela del Valle.

Volvamos a las piedras. Mi recorrido de Morelos (mi casa) a Centenario (mi colegio), era por Abasolo, jardín de San Francisco, y la calle de Independencia. A veces entraba a San Francisco y miraba con más atención las pinturas y los santos, el órgano, la cúpula, con su pendiente barco de cristales y, con mayor admiración, la sacristía. Recuerdo muy bien que de niño cuando entré por primera vez a esta sacristía magnífica, creí que era otra iglesia. Después la gusté como tal, descifrando la firma del pintor Martínez en "El Ángel de la redoma", y examinando hasta la fatiga el portentoso relieve de "Las llagas de San Francisco." Aranzazú era lugar vedado. Permanecía cerrada

siempre y sabíamos que allí se reunían “los hijos de la luz” para tener sus sesiones en la oscuridad de las noches. Temor y respeto me daban. Ahora sólo lo segundo.

En El Carmen aprendí que la admiración es una entrega; que es una forma del amor; que es una “vía unitiva” como llaman los místicos a la aproximación de Dios, y Dios, como dijo San Juan el teólogo, es amor. La admiración es una religión de la forma, del color, del sonido, en suma, del símbolo poético. Pueden ser tan estrechos los vínculos de los sentimientos artístico y religioso, que forman una aleación inseparable, como en el Beato Angélico o puede un sentimiento devorar al otro, como en el caso de Savonarola para la religión o el caso de Leonardo para el arte.

Yo sabía que en El Carmen había, además de la forma, un misterio, aunque no supiera expresármelo. Los retablos de piedra, que después supe que son únicos en América (salvo los dos pequeños ejemplos de San Pablo el Viejo, en México, y el de Santa Fé, en Nuevo México); la magna portada de los Arcángeles (hoy muy bien repintada y redorada, pero que resultó de 9 arcángeles en lugar de 7), tenía una irradiación que no podía contenerse en los estípites y los roleos, sino que se hacía universal y se unía por ocultas ondas impalpables a las formas búdicas de la India, al relieve egipcio, a los muros vidriados de Persépolis, al Gótico, al Plateresco y, en suma, al Barroco europeo de Bernini, Assam y Churriguera. Todo esto lo supe después, pero lo intuía en forma espontánea y entonces vacía, sustentada sólo por la admiración, absorta y enajenada, sin historia y sin crítica, recién nacida.

Mis sentimientos religiosos minoraban y los estéticos crecían. El esplendor me bastaba sin necesidad del Numen y, sin olvidar el símbolo, me interesaba más la obra que la idea. En mi mente juvenil no había teorías ni filosofía del arte. Era una fe sin doctrinas ni teologías, un amor sin cálculos ni conveniencias. Las explicaciones vendrían después.

De los templos, a las calles. San Luis Potosí me parecía, y me sigue pareciendo, una ciudad hermosa. Pero su encanto no se entrega de golpe. Hay que ver la casa del Libro Mayor en su contra esquina; rodar la vista por sus dos costados y apreciar que, sabiamente, los balcones más elaborados dan a la calle principal, y los más sencillos a la calle lateral; detenerse en la puerta que existe aún, la de las cocheras, e imaginarse la frontal, que debió ser mejor y la Casa de las Cariátides, entonces de la señora doña Manuela Muriedas, con sus doncellas en el balcón como esperando pretendientes; esas novias de piedra de San Luis, tan duramente tratadas después. En mi niñez la Plaza Mayor conservaba la Casa Gambrinus, derribada para hacer el “Cine Azteca”... y no digo más. ¡Qué bellos eran los domingos de la Plaza de Armas! Se ponía un enorme toldo azul y blanco en el andador frontero a la Catedral, que dejaba una luz sedante y muy agradable; los puestos multicolores en la orilla de la banquetta; los globos danzaban entre los árboles y las muchachas de un lado, los muchachos del otro, desfilaban cara a cara para mutuo regocijo. La orquesta toca y toca en el quiosco y las mamás sentadas en las bancas de respaldo de fierro pintado de verde con sus asientos ondulados de madera. En las tardes, desde los balcones de la Chata Gómez, a oír y ver la serenata. El

Palacio Municipal, que era Ex-episcopal, olía a orines y mugre, y nunca entraban los niños; ni tampoco al Palacio de Gobierno, más aliñado pero no menos hosco. Mejor era visitar las tiendas y entusiasmarse en El Iris, con sus guitarras, instrumentos, partituras y libros de música y antigüedades. En la Exposición, tienda grande y rica, con sus casimires enrollados, su departamento de telas y alfombras, su perfumería y su cristalería. El final de la calle de Hidalgo era un zoco y así me imaginaba, pero en mayor, los mercados del Cairo y Estambul, vistos en los grabados de "El Mundo Ilustrado". Las dos tiendas de los Cuadra, para oír los agudos chistes de Vicente y de David y subir a visitar a la tía Ester, esposa de mi abuelo, con su piano reluciente que vibraba al contacto de sus pequeñas pero vigorosas manos.

Las ciudades son un objeto óptico y táctil. Hay que mirarlas y tocarlas desde ángulos y puntos de vista especiales y espaciales. El mexicano suele caminar mirando el suelo, por lo cual no conoce sus ciudades y las destruye sin remordimiento.

Y también porque sabe por experiencia, que su pecado no tendrá expiación. En San Luis hay que contemplar la longitud de unas calles o, al contrario, su corte peculiar en otras. Situado frente al Sagrado Corazón y viendo al poniente, deberá entender que la vieja y magnífica casona que cierra la calle de Galeana, es necesaria para contener el ancho espacio, desbocado de la calle reformista. Antes, en el andador norte de la plazuela de San Francisco, viendo también al poniente, la calle se hacía en embudo, dando gracia y originalidad a un rincón potosino. Y si se quiere rigor urbanístico, lo da cualquier ángulo de las calles de Zaragoza y 5 de Mayo, con necesarias excepciones, como el encontrarse a la capilla del Carmen y presentar, como remate de la visión, una cúpula policromada.

Algunas calles conducían, llevaban a los conventos; la de Díaz de León iba de los jesuitas a los juaninos; la de Galeana de los franciscanos a los agustinos; la de éstos a los carmelitas; la de La Concepción, de la parroquia a la Merced y ésta a Guadalupe. Las plazas, además de la mayor, eran las de San Francisco y la Compañía, la del Carmen y tal vez la hubo en San Agustín. Era una urbanística propia, y lógica que tratar de destruirla daría por resultado la destrucción de la ciudad sin llegar a ningún fin útil y eficaz, como en el caso de la ciudad de México. El centro de una ciudad antigua tiene que ser respetado, como se hace en Europa y buscar las soluciones modernas en la periferia sin costosos sacrificios históricos, estéticos y aun económicos que, repito, no sirven para nada. Y cuántas veces la arquitectura pobre y al parecer sin valor, es de suma importancia para equilibrar un conjunto urbano. Con este punto de vista, se apreciará que junto al Carmen, al Teatro de la Paz y al Edificio de Telégrafos, son necesarias las casas de medianía arquitectónica que los rodean. Y así en Liñán y en otros lugares. Las "nueve esquinas" es lugar único por la gracia de convertir en 9 aristas lo que normalmente serían 4.

Hay que saber mirar las casas del porfirismo —que no "porfiriato"— con la nobleza de su piedra labrada, de sus volúmenes y proporciones de vanos y macizos, sus patios abiertos a la medida familiar y humana. Un día se escribirá

un libro sobre el siglo XIX en San Luis, que si fue destructor, sustituyó en muchos casos con eficacia lo que arrasaba.

Y así podríamos seguir en forma inacabable, pero es fuerza poner punto final a estas líneas que sólo han tenido por objeto recordar el inicio de una vocación.

Nereo Rodríguez Barragán ha escrito, con sinceridad y gracia, la síntesis de su vida en su delicioso librito "Mesa revuelta". Yo sólo puedo alegar aquí la sinceridad de mis recuerdos y opiniones.

Doy gracias, profundas y emocionadas gracias, a la Academia Potosina de Ciencias y Artes por la honorífica medalla que hoy se nos entrega. Al Lic. Antonio Castro Leal, ilustre literato y crítico, por el librito encantador que me dedicó y que vale por su firma y por su bella prosa, y en el que supo juntar el elogio y la censura con justa virtud distributiva. Al Sr. gobernador Lic. Antonio Rocha, jurista y político honorable, dinámico y excepcional, y a todos los presentes, compañeros y amigos, por su benevolencia en asistir a este acto.